Enderezar Tu Camino // Predicación Juan José Estévez

Confianza en Dios y transformación del corazón

La Biblia enseña en Proverbios 3:5-6 que se debe confiar en Jehová con todo el corazón y no apoyarse en la propia prudencia, y que Él enderezará las veredas de aquellos que lo reconozcan en todos sus caminos. Aquellos a los que Dios enderezará sus veredas son los que confían plenamente en Él y dejan que Cristo ponga su corazón en sus vidas. El origen del cambio y la transformación en la vida ocurre cuando se confía en el Señor de manera profunda y no superficial. El corazón es el origen de las decisiones diarias, y las veredas torcidas surgen de decisiones equivocadas tomadas con un corazón que no confía plenamente en la voluntad de Dios.

El corazón humano y la necesidad de un corazón nuevo

Dios debe hacer un trabajo en la vida de las personas para que Jesucristo sea el único camino, y solo se puede reconocer a Dios en todos los caminos cuando se confía plenamente en Él. Para ello, Dios sustituye el corazón rebelde e indolente por el suyo. La condición para que Dios enderezara las veredas es permitir que Cristo ponga su corazón en la vida, logrando que el corazón de Cristo y el de Dios sean uno. Cuando Dios obra en una persona, arranca el corazón disidente y altivo que quiere elegir su propio destino, lo que puede ser peligroso. El deseo de ser dueños de uno mismo y elegir el propio camino puede llevar a la mayor tragedia: no depender de Dios. La corrección moral no es suficiente; se necesita una

transformación radical que cambie el corazón por el de Dios.

La corrupción del corazón y la voluntad de Dios

El corazón humano es engañoso y corrupto, lo que impide confiar plenamente en Dios. La vida puede ser una pugna entre la voluntad del corazón y la voluntad de Dios, siendo necesario buscar la aceptación divina en cada decisión. La naturaleza del pecado es la altivez y el egoísmo que busca el bien propio sin importar a los demás. Todos nos descarriamos como ovejas, y Jehová cargó en Cristo el pecado de todos. Confiar en sí mismo y tomar decisiones propias lleva a perder protección y orientación. Perder la conciencia del camino correcto se llama descarriar, y Dios debe cambiar el corazón para enderezar las veredas.

El proceso de enderezar las veredas

Enderezar las veredas no es fácil y no se logra solo con disciplina o teología, sino con el cambio del corazón egoísta por el de Dios, a través del nuevo nacimiento y la fe en la cruz. Cada persona traza su camino según su corazón, pero un nuevo corazón no busca un camino propio sino que confía plenamente en la voluntad de Dios. La voluntad de Dios es que seamos personas sencillas para disfrutar la vida, evitando metas exageradas que generan infelicidad. La obra de Dios consiste en poner un nuevo corazón y espíritu en nosotros, como dice Ezequiel 36:26, reemplazando el corazón de piedra por uno de carne. Dios promete protección, abundancia de frutos y liberación del hambre si nos arrepentimos y nos avergonzamos de nuestras iniquidades.

La actitud rebelde y la necesidad de humildad

La rebeldía del corazón es elegir nuestro propio destino y creer que podemos labrarlo sin Dios. La vida depende de factores que solo Dios puede controlar con amor. Nicodemo, aunque moralmente correcto, necesitaba nacer de nuevo para entrar al reino de los cielos, porque su corazón no era suficiente. Dios opera milagros en la vida de las personas, cambiando su corazón. La práctica religiosa por sí sola no basta; se necesita un corazón nuevo que Jesús puede redimir. Enderezar las veredas implica quitar la altivez y rendir la voluntad, confiando en Dios con todo el corazón y no en la propia sabiduría.

La inmodificabilidad del corazón humano

Dios tiene preparada una mesa de operaciones espiritual para reemplazar el corazón de carne dura por uno nuevo, un proceso necesario para la salvación. Juzgar y condenar a otros endurece el corazón, impidiendo que Dios enderece nuestras veredas. El corazón humano no puede modificarse por terapia; solo Dios puede arrancarlo y poner uno nuevo. La incredulidad y la tendencia a juzgar son naturales, pero sin permitir que Dios transforme el corazón, no es posible caminar correctamente.

La religión y la fe verdadera

Es necesario confiar completamente en Dios y aceptar su voluntad para que Él corrija lo deficiente en nosotros. La religión y las decisiones humanas no pueden enderezar las veredas; solo Dios lo hace cuando se le permite. Hebreos 12:12-14 habla de levantar las manos caídas y las rodillas

paralizadas para hacer sendas derechas, permitiendo que lo cojo sea sanado. Esta actitud refleja rendición ante Dios, no derrota ante el pecado.

La metáfora del pastor y la oveja

Levantar las manos y levantarse sobre las rodillas para adorar a Dios refleja que Él nos ha ganado para sí. El que se acerca a Dios con manos levantadas ha sido vencido por el amor divino. Debemos hacer sendas derechas para que lo cojo sea sanado. Las ovejas representan al ser humano, rebelde y desobediente. A veces, es necesario tomar medidas correctivas, como el pastor que rompió la pata de una oveja rebelde para protegerla y llevarla de regreso al rebaño, demostrando que Dios actúa con amor para protegernos. En la iglesia, algunas personas actúan como “quiebra patas de oveja”, y debemos cuidar nuestro fruto espiritual.

La corrección divina y la protección

Dios endereza las veredas torcidas para romper el poder del pecado y evitar decisiones basadas en la sabiduría propia. Su amor se manifiesta al quebrar a las personas para guiarlas correctamente. Las ovejas necesitan protección, y los humanos necesitan que Dios enderece sus veredas, corrigiendo y protegiendo su vida.

Oraciones y agradecimiento a Dios

Es vital confiar en Dios y reconocerlo en todos los caminos para que transforme nuestra vida, quitando el corazón de piedra y poniendo el suyo. Se ora para que nada se haga por la propia sabiduría, sino por la de Dios, encontrando las sendas correctas. Dios revela su gracia y voluntad, cuidando a cada persona como un pastor, y promete reemplazar el corazón impuro

por uno santo. Se agradece a Dios por todo lo recibido, incluyendo su presencia y la comunidad, orando en el nombre de Jesucristo.